

esta escena con un amante enloquecido que había perdido el dominio de sí. Se inclinó, pues, hacia la platea, y llamando á su marido,

—Pablo—dijo,—mira á ver si quizá el carruaje se ha adelantado... No sé lo que tengo, no sé si es el calor, he tenido un desvanecimiento... Perdóneme, señor de Viney.

—Es raro—decía Moraines al poeta;—ha estado tan alegre toda la noche... Estos teatros están tan mal ventilados... Le habrá contrariado mucho no poder seguir hablando con usted, admirando como admira su talento. No deje V. de vernos... ¡Hasta pronto!...

Y sacudió con su fuerza habitual la mano del poeta, quien le vió desaparecer por entre la multitud de lacayos que esperaban á sus señores. Se oyeron los primeros compases del acto quinto de *Fausto*. Un nuevo acceso de rabia se apoderó de Renato, que por el momento sólo pudo desahogarse con la frase siguiente, dicha casi en alta voz en los pasillos sin gente:

—¡Ah! ¡yo me vengaré!

XVIII

EL MÁS FELIZ DE LOS CUATRO

Susana conocía muy bien el golpe de vista de Desforges, para pensar que la escena de la platea le hubiese pasado desapercibida por completo. ¿Qué había visto? ¿Qué pensaba? He aquí dos preguntas de principal importancia para ella. Le fué imposible contestarlas en los pocos minutos que tardaron en llegar al pie de la escalera que da al pórtico de los carruajes. El semblante del Barón se mostró impenetrable, y ella tampoco tenía fuerzas en aquel momento para desplegar todas sus habituales facultades de observación. La comedia de su indisposición no había sido más que representada á medias, porque el súbito golpe de Renato la había llenado de espanto y de dolor.

Llegó á temer que el joven, indudablemente fuera de sí, hiciera una sonada y la perdiese para siempre. Al propio tiempo, su pasión viva y sincera sufría con tan terrible ultraje y con el descubrimiento aún más terrible de sus mentiras. Conforme bajaba, sen-

tía el tembloroso sacudimiento que experimenta el que acaba de salir de un mortal peligro, que ha tenido el valor de desafiar. Su rostro se quedó pálido, sonreía á medias, con los labios trémulos, y sintiendo relativa tranquilidad al encontrarse sentada en el rincón de su carruaje, con su marido cerca de ella. Al menos, delante de él, no tenía que dominarse. En el momento de arrancar, inclinándose para saludar por última vez, el resplandor de un mechero de gas iluminaba el semblante del Barón, que ahora expresaba todo su pensamiento. Susana no se hizo ilusiones ni por un momento.

—Lo sabe todo...—se dijo.—¿Qué será de mí?...

El coche había desaparecido, y Desforges permaneció un instante retorciéndose el bigote, señal infalible en él de una gran preocupación. Como el tiempo estaba hermoso, no había mandado que fuese su carruaje; tenía costumbre de ir á su círculo favorito de la calle de Boissy-d'Anglas á pie desde el sitio donde pasaba la noche, y fumando su cigarro le gustaba atravesar París, su París, que tenía la vanagloria de conocer y gustar como nadie. Este delicioso paseo á pie, de noche, le aprovechaba para «hacer el balance», era su frase, para repasar en su espíritu los diversos

incidentes del día, y comparar ingresos y salidas: «el amasamiento, esgrima, paseo á caballo...» lo estimaba como ingresos, porque era almacenar salud. «Beber Borgoña en la comida, ó Porto, ó comer trufas y amar á Susana...» eran partidas de las columnas de gastos. Media el pro y el contra del más pequeño exceso contrario á las reglas de su conducta, y uniendo el cinismo al refinamiento, no practicaba más que el epicureísmo de los sentidos. Profesaba el arte de gozar recordando los ratos de goce.

—Es preciso tener cuatro estómagos como los rumiantes—se decía.

Aquella noche, tan suave y dulce, á pesar de que el día había sido de los más felices hasta el momento de la visita de Renato Vincy á la platea, tuvo que comenzar el balance de sus impresiones por las más tristes y más amargas. Susana no se había equivocado. Lo sabía todo. La entrada del poeta le había impresionado, tanto más cuanto que aquella misma tarde, al salir de la casa de sus citas, por la calle de Rivoli, se encontró frente á frente de Renato, que le quedó mirando fijamente.

—¡Diablo! yo he visto este hombre—se había en vano preguntado Desforges.—¿Dónde tenía yo la cabeza?—dijo para sí al oír á Pablo presentar á Susana á Renato Vincy.

Inmediatamente le dió en la nariz que había algún misterio. Cuando Susana se había retirado al antepalco, Desforges se colocó de modo que pudiese seguir su conversación con el rabillo del ojo. Sin oír lo que el poeta decía, por la expresión de sus ojos, las arrugas de su frente y los movimientos de la mano, adivinó que pasaba algo grave. La falsa indisposición de Susana no le engañó ni por un segundo. No creía en las jaquecas de las mujeres, sino á beneficio de inventario. El temblor de la mano de su querida cuando la llevaba del brazo desde la platea, al bajar la escalera, había acabado de convencerle, y ahora, al atravesar la plaza de la Opera, en lugar de extasiarse como de ordinario ante la vasta perspectiva de la avenida, iluminada por la electricidad, ó ante la fachada del teatro que él declaraba ser superior á todas las Nuestras Señoras, se formulaba en su interior las verdades más mortificantes.

—Y á mí me han metido en este embrollo— se decía,—¡á mi edad! Es un poco fuerte... ¿y por quién?

Todas las circunstancias se combinaban para hacerle más cruel la humillación: la astucia perfecta con que Susana le había engañado, sin que pudiese concebir la menor sospecha, la rapidez inesperada del descubri-

miento, y por fin, la cualidad de su rival, un jovenzuelo, un aventurero. Todos los detalles se agolpaban en tropel, y cada vez más desoladores, todos se los había tragado él, el barón Desforges.

—¡He sido un bestia completo!—se repetía en alta voz.—Pero ¿cómo ha podido ella...?

Lo que le acababa de abrumar era el no poder comprender cómo ella se había dejado coger en aquel instante en que la presencia de Renato en la platea no le dejaba lugar á duda alguna. Indudablemente, para permitirle él semejante escena, y que Susana la tomase de aquel modo, era preciso que fuese querida suya

—Pero, ¿cómo?—se decía.—No le ha recibido en su casa; lo hubiera sabido por Pablo. No le puede haber visto en sociedad, porque él no va á parte alguna...

Sintió levantarse su cólera contra la que le arrojaba en medio de tales sufrimientos. Había pasado el café de la Paz y tuvo que desentenderse de dos mujeres que le acometían con frases infames.

—¡Allá se van todas!...—y arrojando con violencia su cigarro, que se había apagado; —y los cigarros son como las mujeres.

Luego, alzándose de hombros y con humor festivo:

—Federico, amigo mío —murmuró,—has sido un bestia y continúas...

Sacó otro cigarro de su petaca, le tanteó antes de encenderlo; el habano era delicioso, y aspirando el humo con deleite, dijo:

—He sido injusto: éste no engaña...

Esta impresión agradable comenzó á cambiar el curso de sus ideas. Miró á su alrededor; había llegado casi al final del bulevar. Los transeúntes iban y venían como en pleno día, los coches desfilaban con rapidez, el gas iluminaba casi fantásticamente el nuevo follaje de los árboles. A la derecha, en el fondo, se levantaba la masa sombría de la Magdalena, y el cielo algo azulado se veía cubierto de estrellas. Este cuadro parisién entretenía la mirada del Barón, que, algo más sereno, comenzó de nuevo la serie de sus reflexiones.

—¡Ah, ya! ¿estaré celoso?—se preguntó.

Ordinariamente, cuando delante de él se citaba algún ejemplo de esta triste pasión, solía menear la cabeza y decir:—«¿Hacen la corte á vuestra querida?... Pues es un homenaje al buen gusto que tenéis.»

—¡Yo, celoso! ¡Era lo que me hacía falta!

Cuando nos hemos empeñado durante años enteros en representar en el mundo un cierto personaje, lo hacemos hasta para con nosotros

mismos. Desforjes se avergozó de esta debilidad.

—No es cierto —se contestó á sí mismo;—no estoy celoso.

Concentrando todo su pensamiento, se figuró á Susana en los brazos de Renato; sintió un ligero cosquilleo de vanidad al comprobar que esta imagen, si bien no le era agradable, tampoco le causaba el sufrimiento agudo de los celos. Contrastando con esto, recordó la entrada del poeta en el palco, su cara alterada y el indomable frenesí de dolor que agitaba todo su sér. Éste sí que era un verdadero celoso en la plenitud crítica de la funesta manía. La antítesis entre su calma relativa y la de su rival, halagó de tal modo su orgullo, que tuvo una ráfaga de verdadera voluptuosidad.

—¿Y por que había yo de estar celoso? ¿En qué me ha engañado Susana? ¿Podía yo esperar de ella un amor como el que ha debido soñar ese necio de poeta? A los cincuenta años cumplidos, ¿qué puedo yo pedirla? ¿Que sea amable? Lo ha sido. ¿Admitirme en su intimidad? Lo ha hecho. Pues bien, entonces... Ha encontrado un joven robusto, que no necesita cuidarse, con la piel fresca, rozagante, y ella se lo ha pagado. No podía, sin embargo, pedirme que le ofreciese... ¡Pero de los dos, el burlado es él!...

Había llegado á la puerta del Círculo cuando acabó de formular esta ruda conclusión:

—Es igual—pensó.—¿Qué diría Crucé?

El hábil coleccionador le había vendido en otro tiempo un cuadro falso por un precio exorbitante, y Desforges desde entonces sentía hacia él esa especie de estimación rencorosa que los hombres intencionados guardan á los que bonitamente les han estafado. Se le representó el saloncito del club, y al taimado personaje contando la aventura de Susana y de Renato á dos ó tres compañeros escogidos entre los más envidiosos. Esta idea, odiosa para el Barón, le impidió subir la escalera, marchándose en dirección de los Campos Eliseos. Combatiéndola, se decía:

—¡Bah, ni Crucé ni los otros sabrán nada! Es una felicidad, después de todo, que no haya elegido para amante á alguno de esos gomosos de hoy día... Hay que hacerla justicia, ha guardado las formas... No se ve á su amante por el mundo, ni le ha presentado, ni le ha patrocinado... Y si estaba tan temblorosa, era por mí... ¡Pobrecilla!... ¡Sí, pobrecilla!...—replicó continuando este monólogo bajo los árboles de la avenida.—Ese animal es capaz de hacerla expiar duramente su capricho. ¿Estaba encolerizado aquella noche? ¡Qué

falta de gusto y de saber vivir! ¡Y en mi palco!... ¡Qué ironía! ¡Si Pablo no fuese el marido que es, Susana estaba perdida! ¡Y luego, el secreto de nuestras citas en sus manos! ¡Va á ser preciso abandonar la calle del Monte-Tabor!... ¡No! ¡Ese muchacho es incapaz!...

Tuvo un momento de buen humor contra el poeta; pero como él se la echaba de hombre de ingenio, y de no dejarse engañar á sí mismo, en medio del acceso, se interrumpió diciendo:

—¡Estaría bueno que le hiciera estar celoso de mí! Sería el colmo... Pensemos más bien en lo que él puede hacer. No, es demasiado joven... ¿Un artículo en algún periódico? ¡Un poeta con pretensiones sentimentales!... No debe ser su género..... ¿Si riñese con ella, por indignación?.... Sería demasiado esperar. Un pobre diablo, á su edad, con tanto dinero como pelos tiene la rana, y una querida hermosa, tierna, con todos los refinamientos de la elegancia, gratis, tener que renunciar á ella... Ea... Pero ¿si él la exige que rompa conmigo, y ella es tan loca que cede?...

Las contrariedades que esta ruptura traerían consigo se presentaron inmediatamente ante sus ojos con toda precisión. Por de pronto, se acabó Susana; ¿dónde encontraría otra tan encantadora, tan ideal, y que se acostum-

bre á mis gustos?... Y luego, ¡cuántos preparativos, sin contar con que Pablo es el mejor amigo que yo tengo en París!...

Tuvo que acudir, para asegurarse contra estas tristes eventualidades, á los lazos de interés que le unían á la casa de los Moraines.

—No, no me sacrificará, no me lanzará, y todo tendrá buen arreglo... Siempre se arregla todo... —se decía al llegar ante la puerta de su hotel de *Cours-la-reine*.

Esta seguridad y esta filosofía, sin duda no eran tan sinceras como hubiera deseado la vanidad de hombre fuerte que era la debilidad del Barón, porque, por primera vez en su vida, mostró una impaciencia injusta con el criado que hacía años, y educado por él, presidía su *toilette* para acostarse. Sin embargo de que con la preocupación de la conducta que convendría seguir, todavía quedaban más escozores íntimos de los que él mismo se confesaba, este amable egoísta durmió sus siete horas de un tirón, como todas las noches. El respeto de su propio sueño era uno de los principios higiénicos que sistemáticamente ponía en práctica para poder llegar á la vejez. Gracias á una vida moderada y continuamente activa, gracias á la alimentación esmerada, gracias á la regularidad absoluta para acostarse y levantarse, gracias al cuidado,

como él decía, «de despejar su cerebro á media noche de toda idea negra», había conquistado tan perfecta costumbre de descansar á una hora fija, que hubiera sido preciso otra *Commune* para tenerlo despierto. Cuando abrió los ojos al día siguiente, con las ideas frescas, los residuos que le pudieron haber quedado de irritación se habían disipado, hasta el punto de que recordó sonriendo los sucesos del día anterior.

—Estoy bien seguro de que no le habrá pasado á *él* otro tanto... —decía, pensando en las horas de insomnio que Renato habría sufrido; —ni Susana... estaba tan trastornada después de la visita... Ni Moraines. ¡Qué título tan bueno para una comedia! ¡El más feliz de los cuatro!... Yo la pondría ese nombre...

Le divertía su propio gracejo, y cuando el doctor Noirot le repitió por segunda vez durante el amasamiento:—«La facies del señor Barón es excelente; ¡qué músculos!... ¡qué delicadeza, qué robustez y qué firmeza! Parecen músculos de treinta años...», la impresión de bienestar acabó por borrar en él toda amargura. Ya no pensaba más que en una cosa: ¿cómo impedir que la escena de la vispera cambiase en algo aquella existencia tan confortable, tan adaptada á su querida persona?... Tomando chocolate, galopando en el

bosque, almorzando con su anciana tía, de quien esperaba que fuese la hermana de la Caridad de sus últimas enfermedades, no cesaba de pensar en ello. Su última decisión sobre el particular se encerraba en la mágica palabra de toda política sabia: ¡Esperar!

—Hay que dejar que el mozalbeté haga tonterías... Mostrémonos amable, como si nada hubiese visto...

Iba á pie á la calle de Murillo á eso de las dos, rumiando esta resolución, y se detuvo ante el escaparate de un almacén de antigüedades que conocía mucho, llamando su atención un reloj Luis XVI, de oro cincelado, con una preciosa miniatura rodeada de rosas.

—Magnífico; he aquí un modo excelente de probarla que estoy por el *statu quo*.

Pagó por el capricho un precio razonable, y se felicitó doblemente de la compra que había hecho, cuando notó, al entrar en el saloncillo en que Susana le esperaba, la angustia de que estaba poseída. Sus ojos lánguidos y su palidez revelaban á las claras las torturas de su imaginación para salir del atolladero en que Renato la había metido. En la manera como ella le miró, comprendió el Barrón la seguridad que ella tenía de que lo ocurrido no se había escapado á su perspicacia. Este homenaje supremo acabó de cicatrizar

las heridas de su amor propio, experimentando un verdadero placer al presentarle el estuche que contenía el reloj, diciéndola:

—¿Le gusta á V.?

—Encantador—dijo Susana;—estos pastorcillos están vivos.

—Sí—repuso Desforges;—parece que están cantando aquella romanza de la época:

«Todo lo he abandonado por la ingrata Silvyá;
Ella me deja y toma otro amante...»

En otro tiempo, su voz firme de tenor, bien manejada, había gustado en los salones, y tarareó el estribillo de la célebre copla, con una variante á su manera:

«Pesares de amor no duran más que un momento;
Goces del amor duran toda la vida...»

—Si quisiera poner ese pastor y esa pastora sobre la mesa, estarán mejor que en mi casa...

—¡Cómo me mimas V.!—respondió Susana algo turbada.

—No—dijo Desforges;—me mimo á mí mismo... ¿No soy ante todo su amigo?

Luego, besando su mano, añadió con tono serio que no se avenía con sus chistes:

—Ni podrá V. tenerle nunca mejor...

Una palabra más, y hubiérase comprometido su dignidad. Una palabra menos, y Su-

sana podría creerle engañado. Ella agradeció la delicadeza con que la había tratado, tanto más sincera, cuanto que esta delicadeza la permitía no pensar ya más que en Renato. Durante la noche, su gran preocupación era cómo podría atender á uno, conservando al otro, después que ambos se habían visto y se habían penetrado sus intenciones. ¿Romper con el Barón? Lo había pensado, pero ¿cómo hacerlo? Se encontraba cogida por las mentiras que de años atrás había dicho á su marido. Su vida no podía sostenerse sin el auxilio de este rico protector. Romper con él era condenarse á buscar otras relaciones del mismo género, ó caer quizá más bajo. Por otra parte, conservar á Desforges era perder á Renato. Jamás llegaría á comprender el Barón que queriendo al poeta, nada le robaba. ¿Admiten los hombres alguna vez semejantes verdades? Y sin embargo, había sido tan bueno, que ni siquiera la había hablado de la escena del palco, y nunca, ni aun pagando por ella cuentas crecidas, le había parecido tan generoso como en este momento, en que podía entregarse á reconquistar á su joven amante, cuyas caricias necesitaba.

—Tiene razón—se dijo cuando Desforges se marchó.—Es mi mejor amigo...

E inmediatamente, con esa facilidad de

esperanza que poseen las mujeres cuando una primera dicha las sorprende, creyó que también se arreglarían sin dificultad las cosas de la otra parte. Tendida sobre la *chaise-longue* del saloncito, su pensamiento se consagró por completo al poeta y al procedimiento que convendría emplear para recuperarlo. Se trataba de precisar bien la situación y de mirarla cara á cara. ¿Qué sabía Renato? Él mismo se lo había dicho: la había visto salir de la casa de la calle del Monte-Tabor y también á Desforges. Ahora bien; el Barón, por prudencia, no salía nunca por la misma puerta que su querida. Por consiguiente, Renato sabía que la casa tenía dos puertas. ¿La había visto bajar del coche y seguir á pie hasta la que sale á la calle de Rivoli? Era probable. Si la casualidad hubiese hecho que se encontrase primero con ella y luego con el Barón, no hubiera llegado á conclusión alguna. Pero no, él la había espiado y seguido. ¿Qué influencia le arrastraba? Al principio de la semana, cuando se separaron de su última entrevista, ¡él se mostró tan seguro, tan tierno y tan feliz! No había más que una causa posible para que la nueva sospecha le hubiese llevado hasta espiarla: la vuelta de Claudio.

—Si es á él—dijo—á quien debo este nuevo aviso... me las pagará...

Pero bien pronto volvió sobre el peligro, que por el momento le importaba más que su rencor contra el imprudente Larcher. El hecho era positivo; por un motivo ó por otro, Renato había sorprendido el secreto de sus citas con Desforges, y el dolor había sido tan fuerte, que inmediatamente se lo había lanzado. ¡Cuánto amor en aquella loca resolución de la Opera, que por poco causa su perdición! Era una señal de su amor y del dominio que ejercía sobre el poeta. Bastaba que le viese, que le hablase, para explicarle esta visita á la calle del Monte-Tabor. Podía muy bien suceder que ella hubiese ido á ver á una amiga enferma, la cual fuese á la vez amiga de Desforges. Pero... ¿y el coche que había sido despedido delante de la casa de Galignani?... Que había sentido deseos de dar cuatro pasos... ¿Y las dos puertas? ¡En cuántas casas honradas no pasa lo mismo! Susana conocía bien lo confiado del carácter de Renato para dudar de que se dejase convencer. En el primer momento debió desplomarse ante la evidencia que corroboraba sus sospechas; hoy, quizá el amor le hacía dudar ya... Así razonaba, cuando le anunciaron que la esperaba el coche. El deseo de poseer á Renato la hizo concebir el proyecto de ir á buscarle inmediatamente. Nada tenía que temer de Des-

forges por el momento, y los enfados del corazón, cuanto antes se arreglen, mejor... ¿Sería bastante fuerte para rechazarla, si lograba verle en el cuartito donde se vieron por vez primera? —«Me has ultrajado—le diría,—calumniado, no he podido soportar ni tus dudas ni tu dolor... ¡Aquí me tienes!» Apenas concibió tal resolución, se aferró á ella como á un medio seguro para librarse de la angustia que la torturaba. Se vistió rápidamente, y sin embargo, nunca había estado tan hermosa como con el ceñido traje gris que había elegido.

—A la calle de Coëtlogon—dijo con firmeza á su cochero.

Esta mujer tan calculadora y tan preocupada de guardar las apariencias, había llegado á tal extremo.

—¡Con tal de que Renato esté en su casa!... Sí, estará esperando alguna carta mía, alguna señal de mi existencia.

La misma pregunta se hizo, para responderse en iguales términos, cuando visitó á Renato por primera vez en Marzo. Las diferentes emociones sentidas entonces y ahora, la hicieron apreciar el camino recorrido. Entonces acudió al cuarto del poeta por un fogoso capricho; hoy, la fiebre del amor, que siente hambre y sed de ser correspondido, la arrastraba al mismo sitio. Reconoció la verja que

cerraba la entrada, con grande emoción. El jardinillo que rodeaba la casa estaba verde y fresco. Su turbación era mayor que en su primera visita. Tiró de la campanilla y su sonido repercutió en el fondo de su corazón. Oyó que se abría una puerta y los pasos ligeros de una persona que avanza. No era la muchacha, ni tampoco Renato, quien se acercaba á abrirla. ¡Conocía tan perfectamente sus pisadas! Presintió que iba á encontrarse frente á frente con la hermana de su amante, de aquella Emilia cuya ausencia en la otra ocasión había favorecido tanto su visita. No tuvo tiempo de pensar en los inconvenientes de este incidente inesperado, cuando ya la señora Fresneau había entreabierto la puerta. Susana la conoció por su parecido con Renato. Emilia, por su parte, no dudó sobre la identidad de la visitante. Los sufrimientos de Renato los últimos días y las revelaciones de Claudio hicieron que la antipatía contra la señora de Moraines llegase al colmo, y sin poder disimular una expresión hostil apasionada, contestó á Susana:

—No, señora, mi hermano no está...

Y para prevenir cualquier pregunta ulterior sobre la hora á que su hermano volvería, añadió:

—Se ha ido fuera esta mañana...

Que tal respuesta fuese una superchería, Susana no lo dudó; pero que fuera una invención de Emilia, esto no podía pensarlo. Debió creer, y creyó en efecto, que la señora Fresneau obedecía la consigna dada por su hermano. No insistió y se contentó con decir, inclinándose:

—Señora...

En cuyo ademán, la gracia perfecta de la mujer mundana tomó la única revancha posible contra la hostilidad casi impolítica de la burguesa. Que la acogida extraña de Emilia fuese debida á indiscreciones de Renato, ni siquiera lo pensaba Susana. La idea que la partía el corazón era que Renato no quisiera volverla á ver. Desde la calle volvió la cabeza para echar una mirada á la habitación en que habían estado juntos por vez primera. Entonces también había vuelto la cabeza para verle á él en pie detrás de las cortinas. ¿No se aparecerá hoy cuando su hermana le haya dicho quién era la que llamaba? Esperó cinco minutos y fué de muy mal augurio para ella el que las cortinas permaneciesen caídas. Subió á su coche, presa de las angustias de una mujer que ama verdaderamente y que cambia de proyecto á cada paso. Después de mil vacilaciones, ella, que no escribía nunca, se decidió á escribir al poeta la carta siguiente:

«Sábado, á las cinco.

»He ido á tu casa, Renato, y tu hermana me ha dicho que te habías marchado fuera. Ya sé yo que esto no es cierto. Estabas en casa, á dos pasos de mí, y sin quererme recibir en aquella habitación cuyos muebles debieran recordarte una ocasión al menos en que he sido sincera. ¿Qué motivo tenía entonces para engañarte? Te suplico que me veas, aun cuando no sea más que un minuto. Ven á leer en mis ojos lo que me juraste no poner en duda nunca. Eres mi vida, mi cielo, mi todo. Desde ayer no vivo. Tus horribles palabras resuenan siempre en mis oídos. No, no eres tú quien las ha pronunciado. ¿Dónde has encontrado tanta amargura?... ¡Ah! ¿cómo has podido condenarme sin oirme, bajo la fe de una sospecha de que te avergonzarás cuando te haga comprender su falsedad? Debería despreciarte y estar indignada; pero mi corazón no siente más que ternura y deseo de borrar de tu alma, Renato, todo lo que los enemigos de nuestra felicidad han podido grabar en ella. No puedes dudar del sentimiento que me ha decidido á escribirte. No me contestes; siento, al escribirte, qué impotente es una carta para mostrar lo que el corazón sufre. Te espero el lunes á las once en *nuestro*

asilo. Tendría derecho para decirte que quiero verte allí, porque un acusado tiene siempre el derecho de defenderse. Yo no te diría más que una palabra. Ven si has amado verdaderamente, aun cuando no haya sido más que un día, á la que no te miente, ni te ha mentido jamás, ni te mentará, te lo jura, mi único amor.»

Cuando Susana concluyó de escribir esta carta, y después de volverla á leer, un último instinto diplomático la hizo dudar antes de poner la firma. Mentía en ella una vez más, al jurar que no mentía, y lo único verdadero, lo más espontáneo, lo menos artificial, era la emoción que le producía aquel engaño supremo después de tantos otros. Llamó, y sin la menor prudencia entregó al lacayo aquella carta, en la cual una sola frase bastaba para perderla, diciéndole que la hiciese llevar por un criado. Desde aquel momento, durante las treinta y seis horas que faltaban para la cita, estuvo en un estado de excitación nerviosa de que no se creía capaz. Aquella mujer tan dueña de sí, que se había comprometido en aquella aventura, del mismo modo que hacía años se sostenía en el mundo, con el maquiavelismo de una taimada, se sentía impotente

para continuar ni para formar proyecto ninguno sobre la conducta que debía observar con su amante. El sábado iba á comer fuera. Hizo su *toilette* como una sonámbula, lo cual no le había ocurrido nunca, sin mirarse apenas al espejo. No pudo hablar una palabra con su vecino de mesa, que era el inevitable Crucé. Con pretexto de que no se encontraba buena, había pedido su carruaje para las diez. Volvió á su casa sin hacer caso de los discursos de su marido, cuya presencia le era intolerable, y por estar éste en casa el domingo, había retrasado hasta el lunes su cita con Renato. ¡Si al menos lograrse verlo! ¡Con qué angustia miró al entrar en su casa la bandeja donde colocaban las cartas de la tarde! No conoció en ningún sobre la letra del poeta. El domingo lo pasó acostada, trastornada por la jaqueca, digámoslo así: en realidad, trataba de reunir sus ideas para el caso en que él no la creyese cuando le explicara su visita á la calle del Monte-Tabor con la historia de la amiga enferma... No quería pensar que no la creyese. La fiebre de deseo y de angustia, de esperanza y de temor, llegó á su colmo el lunes por la mañana cuando subía la escalera de la casa de la calle de las Damas. Si Renato la esperaba como de costumbre con la puerta entreabierta, era que su carta le había con-

movido, y estaba salvada... Pero no, la puerta estaba cerrada. Su mano tembló al colocar la llave en la cerradura. Entró en la primera pieza; estaba vacía y el balcón cerrado; se sentó en aquella obscura habitación donde todo le recordaba la dicha reciente y al mismo tiempo lejana. Susana escuchaba el tic-tac del reloj, que era lo único que turbaba el silencio. Pasaron los segundos, los minutos, los cuartos de hora y Renato no llegaba. Si no fuese... Aquella mujer, acostumbrada desde su primera juventud á conseguir hasta el fin sus deseos, sufrió un verdadero acceso de desesperación al comprender aquella evidencia. Se echó á llorar como una niña, con verdaderas lágrimas, sin que en aquel momento hubiese nada fingido.

Quiso escribir; buscó papel en la cartera que había sobre la mesa, abrió el tintero, tomó la pluma, abandonándola en seguida, diciéndose:

—¿A qué escribir?

Y para dejar un rastro de su paso por allí, por si Renato iba después de marchar ella, dejó sobre la mesa el pañuelo perfumado con que había enjugado sus amargas lágrimas, pensando:

—¡Le gustaba tanto este perfume!...

Al lado del pañuelo colocó sus guantes,